

solucion se conformaron todos los pueblos y grupos, menos los lingones y treverios, que continuaron en su rebelión. También en las tropas sublevadas en la cuenca del Rin produjeron una fuerte reacción la aparición de Petilio con su ejército en el Alto Rin y la rapidez y energía de sus disposiciones y operaciones, tanto que en el primer encuentro que tuvo con los sublevados de la legión XXI y sus contingentes auxiliares de la Retia, acaudillados por Julio Tutor, se pasaron todos los individuos romanos a sus camaradas antes de entablarse la acción. Tutor tuvo que pelear en retirada hacia el Norte, hasta el otro lado del río Nahe, y entre tanto se pronunciaron a favor de Vespasiano dos legiones rebeldes acuarteladas en Tréveris y se trasladaron al país de los mediomatricos, pueblo celta amigo del imperio que habitaba el territorio de Metz. Tras esta nueva desertión en el campo sublevado, tuvo Tutor un encuentro con el general Sextilio Félix cerca de Bingen, y quedó completamente derrotado. Petilio había ocupado entre tanto a Maguncia, desde donde se dirigió al Mosela, por lo pronto con pocas fuerzas, pero engrosándolas a medida que avanzaba. Allí se le incorporaron las legiones que habían pasado a Metz, y en seguida atacó y derrotó a los treverios y lingones en su campo fortificado, mandados por Tulio Valentino, cerca de Tréveris. La sublevación quedó en la Galia herida de muerte, y extinguida pronto del todo gracias a la conducta prudente de Cerial, que no permitió a sus tropas victoriosas saquear la ciudad de Tréveris y que trató con exquisito tacto a los vencidos, tanto celtas como legionarios.

Quedaban Civilis y sus bátavos y ubios, con las tribus germánicas bravas téucteras y brúcteras, y por otro lado los lingones. Una noche todas estas fuerzas de Civilis cayeron de improviso sobre el campamento romano cerca de Tréveris, en la orilla izquierda del Mosela, y le acometieron con tanto ímpetu que costó gran trabajo a Cerial arrojarlos de allí después de una prolongada y tenacísima lucha. Esta derrota, la noticia del desembarque en la costa belga de la legión XIV de Inglaterra, y la desertión de los ubios de Colonia, que degollaron a los bátavos y germanos que ocupaban la ciudad, obligaron al caudillo bátavo a retirarse y concentrarse con sus fuerzas en el delta del Rin, sin que dejara por esto a Castra Vetera. Desde este punto continuó la guerra con el auxilio de guerreros germánicos contra los romanos con fortuna varia, hasta que Cerial le arrojó también de allí en una batalla que duró tres días, dada en las inmediaciones de Vetera. Después el incansable, perseverante y hábil general romano se dirigió contra el baluarte principal de los bátavos, venciendo todos los obstáculos naturales y artificiales, y consiguió a fuerza de sangrientísimas luchas pasar el Waal y sostenerse en la isla bátava, desde donde con su habilidad especial facilitó las negociaciones a los enemigos, que tan cansados estaban de la larga y feroz lucha como los romanos de las fatigas incesantes en un país pantanoso, malsano y miserable. Civilis al retirarse de la isla bátava con los restos de su fuerza, pasó a la orilla derecha del Rin; pero allí le persiguió la diplomacia habilísima de Cerial, que supo atraer al partido de Roma a la influyente profetisa de los germanos, Veleda, que habitaba rodeada de misterio una torre aislada a orillas del Lippe en el país de los brúcteros. Veleda, que hasta entonces había alentado a sus compatriotas a la guerra contra los romanos, de allí en adelante apoyó la paz con Roma. El resultado de todo fue un convenio que se firmó entre Civilis y Cerial en otoño del año 70, convenio que devolvió la paz a aquellas fronteras del imperio y restableció con una amnistía para Civilis la antigua relación entre Roma y el pueblo bátavo.

Meses antes de este resultado había tenido fin también la

guerra contra los judíos, después de haberse destruido innumerables vidas humanas, pueblos, moradas y campos. La ausencia de Vespasiano en el año 69 y la suspensión de la gran embestida romana a la capital del judaísmo, habían enardecido al partido judío de la guerra, que como la generalidad del pueblo hebreo miraba el mundo desde su punto de vista local y no comprendía que otros factores más importantes pudiesen inspirar y mover la política general del imperio. Esta fe inquebrantable en la victoria definitiva de su causa hizo que crecieran las disensiones y odios interiores. A consecuencia del sistema de bloqueo progresivo habíase tenido que encerrar en la capital el feroz jefe de guerrilla Simon Bar-Giora, evacuando el castillo de Masada a orillas del mar Muerto. En la capital ocupó el monte Sion, mientras Eleazar era dueño del templo, y Juan de Giscala con sus galileos defendía las obras exteriores. Los tres disponían en junto de 24,000 hombres de armas pocas mas ó menos, pero en cuanto lo permitía la presión de las armas enemigas siempre estaban en guerra entre sí, y en esta situación se fueron consumiendo en gran parte las provisiones acumuladas en la capital para el caso de un sitio.

Cuando en la primavera del año 70 estuvo asegurado el poder de Vespasiano en todo el ámbito del mundo romano, y cuando se veía ya el buen éxito de las operaciones de Cerial en la cuenca del Rin, resolvió Tito, el hijo de Vespasiano, impulsar energicamente las operaciones en Judea. Teniendo su cuartel general en Cesarea, había reunido un ejército de cerca 80,000 hombres, que se componía de una legión estacionada en la comarca de Jericó, algunas secciones de las dos legiones acantonadas en Egipto, veinte batallones de tropas auxiliares, ocho escuadrones de caballería y los contingentes de los vasallos de Siria. El núcleo del ejército estaba formado por las legiones V, X, XII y XV. En el mes de abril del año 70 avanzó Tito con toda la hueste desde Cesarea sobre Jerusalem, que únicamente era accesible por el lado del Norte a un ejército enemigo, porque en los demás lados estaba situada la ciudad en eminencias escarpadas y casi verticales. Desde la cima de la montaña de Scopos, distante veintinueve minutos de la muralla del lado del Norte, dominó Tito con la vista la topografía de la ciudad y comprendió la magnitud de su empresa.

Formaba entonces la ciudad de Jerusalem un conjunto de fortificaciones de dos horas de perímetro, subdivididas en diferentes fortificaciones formidables, de fácil defensa é independientes una de la otra.

La primera de estas, desde el Norte, era la ciudad más moderna llamada Bezeta, defendida desde el tiempo del rey Herodes Agripa por una muralla de veinticinco varas de altura y diez varas de grueso, guarnecida de noventa torres. Detrás de esta plaza fuerte se alzaban dos montañas imponentes, unidas entre sí por un viaducto grandioso y defendidas en todos sus puntos salientes por poderosas murallas guarnecidas de muchas torres. En la parte Sudoeste estaba el monte Sion como fortaleza independiente que comprendía la ciudad alta, el palacio de Herodes Agripa y los palacios del primer Herodes, que a su vez constituían una ciudadela. Hacia el Nordeste estaba el monte Moriah, que ostentaba en su parte meridional el templo, edificio resplandeciente, revestido como estaba por Herodes el Grande de pulido mármol, y protegido por el castillo ó ciudadela Antonia, construida expresamente a este fin por el mismo rey. Al Norte del monte Sion, al Oeste del de Moriah y al Mediodía de la ciudad baja estaba la colina llamada Acra, que comprendía la ciudad baja y venía a ser el centro de toda la ciudad, con su formidable muralla particular que envolvía el recinto. Así, pues, los romanos para llegar hasta el templo tenían

que tomar tres fortalezas contiguas, en las cuales se abrigaba una población de 600,000 almas, en gran parte hombres útiles para empuñar las armas. Esta población acababa de recibir para mayor desgracia suya, un aumento notable con las numerosísimas familias piadosas que habían ido allí para celebrar la Pascua.

La aparición de las fuerzas romanas delante de la ciudad hizo que se entendieran los tres jefes para proceder de común acuerdo, y entre otras cosas dispusieron furiosas salidas, que las tropas de Tito solo con gran trabajo y terribles pérdidas pudieron rechazar. Al fin se formalizó el sitio por la parte septentrional, después de una lucha tenaz y sangrienta con los judíos, y quince días después, en mayo del año 70, los romanos se apoderaron de la gran muralla del lado del Norte y pudieron ocupar permanentemente la ciudad nueva. Con creciente furor defendieron los judíos entonces la segunda gran muralla que formaba el recinto de Acra, la ciudad baja. Esta fue tomada a los cinco días, pero cuando los romanos penetraron en las angostas calles, se estrellaron contra las columnas impetuosas judías que les obligaron a retirarse, y fue menester dar otras tres batallas sangrientas para que pudieran los sitiadores sostenerse definitivamente en este segundo recinto.

No desmayaron por esto, antes bien se enardecieron más los fanáticos judíos, que con feroz decisión rechazaron todas las proposiciones de paz de los romanos, mientras imponían su voluntad con todas las medidas terroríficas posibles al pueblo, que se lamentaba ya de la escasez de víveres, sin contar los demás horrores de la guerra. La defensa era verdaderamente admirable, tanto por el talento y pericia con que estaba dirigida como por el valor y heroísmo personal de los defensores. Durante diez y siete días destruyeron estos con minas y salidas impetuosas todas las obras de sitio que Tito había hecho levantar contra los montes de Sion y Moriah, por cuya razón Tito determinó rendir la ciudad obstinada por falta de víveres y formó al rededor de ella un triple cordón de bloqueo. Entonces tomó el hambre en la ciudad proporciones espantosas; la fuerza de resistencia de los pobres judíos fue paralizándose rápidamente, y para mayor horror hizo Tito crucificar durante algún tiempo a todos los que se escaparon de la plaza, sin dejar de repetir los ataques más energicos. En el espacio de veintinueve días construyeron los romanos un baluarte con torres para atacar la ciudadela Antonia, que fue tomada por sorpresa y asalto a principios de julio. Siete días emplearon después los romanos para destruir, con excepción de una torre, esta fortificación importante, y al propio tiempo arrasaron también a Acra y otras obras, a fin de hacer sitio para atacar el templo. Habiendo rechazado los defensores fanáticos de este edificio y de la ciudad alta todas las intimaciones y proposiciones repetidas de Tito, procedió este, dirigiéndolo personalmente, al asalto principal del gran santuario de la nación judía, defendido con indecible furor. La lucha fue espantosa durante algunos días y fue menester el empleo de formidables máquinas balísticas y de las teas encendidas que se lanzaban para tomar por asalto este punto. Aquella parte de la ciudad con inclusión del templo, este al parecer por orden expresa de Tito, fue entregada a las llamas y destruida completamente.

Juan de Giscala y Simon continuaron la resistencia en la ciudad alta, sin que fuesen bastante la ruina del santuario y el espantoso infortunio de sus infelices compatriotas para quebrantar su resistencia obstinada. Exigieron por condición precisa para dejar las armas, que Tito les concediera la salida completamente libre para ellos y sus familias y su traslación al desierto, a lo cual no quiso acceder el César, si bien les ofreció condiciones bastante generosas. Así pasaron otros

nueve días en trabajos de sitio y preparativos para el asalto en el exterior, mientras continuaban en el interior el terrorismo de los jefes exaltados y el hambre más feroz entre las masas, que en gran número salían a bandadas para entregarse a los vencedores. Finalmente, después de diez y ocho días de trabajos consiguieron los sitiadores abrir brecha en la muralla y dar el último y definitivo asalto el 2 ó el 8 de setiembre del año 70. Muchos cientos de millares de judíos habían perecido en esta guerra, y no obstante fue inmenso el número de prisioneros que los romanos hicieron. La suerte de estos prisioneros fue en extremo desgraciada; los más ancianos y débiles fueron sacrificados con fría crueldad; muchos otros murieron por no poder ser atendidas sus necesidades más perentorias; los más robustos fueron conservados para adornar la entrada triunfal de Tito en Roma; los jóvenes de menos de diez y siete años fueron vendidos como esclavos en grandes partidas, y los que pasaban de esta edad fueron destinados a trabajar en las minas de Egipto ó a morir en el circo, ya como gladiadores ya luchando con fieras.

La ciudad de Jerusalem quedó convertida en ruinas; solo tres fuertes se salvaron, y se destinaron a alojamiento de la legión X. Tito volvió a Cesarea, desde cuyo punto recorrió durante el invierno la Siria, y en la primavera del año 71 pasó al Egipto y de allí a Roma, donde celebró con su padre su brillante triunfo. Acabadas las fiestas fue ejecutado el feroz Simon y Juan fue condenado a encierro perpetuo; en la Judea, a ejemplo de las colonias de veteranos que Claudio había establecido en Tolemaida, se establecieron otras en Emaus (Nicolópolis) y en Cesarea. La Judea fue declarada y continuó desde entonces siendo provincia independiente de la Siria, con su gobernador general sacado regularmente de entre los jefes de la guardia pretoriana, con un gobernador civil y teniendo por fuerza armada la legión X con diferentes cuerpos auxiliares.

CAPITULO II

LA DINASTIA FLAVIA Y LA EDAD DE ORO DEL IMPERIO

A fines de mayo del año 70 habíase embarcado Vespasiano en Alejandría para la Italia, pasando por Rodas, la Jonia, la Grecia europea y Corfú, y había desembarcado en Brindis, donde le recibieron Muciano y los funcionarios más elevados. En Benevento encontró después a su hijo, y en Roma, a donde llegó a últimos del verano del año 70, fue recibido por el pueblo con júbilo. Apenas instalado, tomó las riendas del gobierno y sin perder tiempo aplicó toda su energía a la restauración y reorganización del imperio, completamente desordenado. En algunos puntos fue más fácil su trabajo que lo había sido para Galba en su tiempo, porque las inmensas desgracias que habían caído sobre el país a consecuencia de las guerras intestinas y del imperio de la soldadesca, habían hecho olvidar todos los ensueños revolucionarios y republicanos. Todo el mundo estaba deseoso de paz y esto hizo que fuera recibido Vespasiano, aunque de origen plebeyo, con sincero afecto, porque se le creía el único hombre capaz de restituir al imperio la paz, al ejército la disciplina y al nombre romano el respeto en todas sus fronteras.

Pero en otros puntos su misión era más difícil que lo habría sido a la muerte de Neron, porque la desorganización del ejército había hecho terribles progresos, el odio era feroz entre diferentes cuerpos, y espantosa la desmoralización de los jefes, siempre prontos a sembrar el luto en todas las provincias con su soldadesca, como en tiempo de Mario, de Sila y de los últimos triunviros. En las dos terceras partes